

traducción Vulgata, objeto más tarde, y objeto principalísimo, de sus críticas y de sus sarcasmos. Por esta manera fundó Lutero la exégesis bíblica, ciencia completamente luterana, tan extendida luego en la Alemania moderna, y que, comenzando por apologías ardientes de los textos sagrados, debía concluir por desconocerlos y por borrarlos. Tal erudición formaba el fondo todo de la doctrina luterana, y componía como el resumen del saber, á que la gran elocuencia del reformador ajustaba sus disertaciones y sus discursos.

Lo más característico de la vida de Lutero en este tiempo es su persistencia católica. Siente el catolicismo, lo cree, lo piensa, lo vive, como se dice ahora en el habla un tanto audaz de las escuelas filosóficas. Él mismo revela claramente la situación de su alma cuando dice en su estilo medio grotesco y medio sublime: «Estaba tan avinado de catolicismo y anegado en el catolicismo, que por mi propia mano matara ó contribuyera sin escrúpulo alguno á matar á todo aquel capaz de negar ni un tilde de obediencia y sumisión al soberano Pontífice.» Alguna que otra vez se indignaba contra los que preferían la virtud de las devociones á la virtud de las creencias; y alguna que otra vez se dolía del empeño con que buscaban los creyentes la intercesión de los santos en lugar de la intercesión del intercesor divino por excelencia, en lugar de la intercesión de Jesucristo. Mas todos estos pensamientos pasaban como un relampagueo fugaz por su alma, y no tenían aun el propósito deliberado y firme de negar, como negó más tarde, toda la eficacia de las obras, ni de destruir como más tarde destruyó toda la doctrina de la Iglesia. Y lo que le sucedía en lo esencial del dogma, sucedíale á su vez en lo especialísimo y particular del comentario. Enemigo, como hemos dicho, de Santo Tomás y de Aristóteles; su enemiga no llegaba de ninguna suerte hasta combatir de frente al dogma. Si apartaba su pensamiento de la Suma Teológica, en cambio, lo unía con unión estrechísima y constante á la doctrina de San Agustín, escritor no menos ortodoxo y no menos católico que Santo Tomás. «Nuestra teología, exclamaba en el año 1517, prospera con el auxilio de Dios en la Universidad. Aristóteles baja de su trono; y bien pronto caerá en completa ruina. Todo el mundo menosprecia las lecciones de los doctores escolásticos; y solo tienen oyentes aquellos maestros que se instruyen é instruyen á sus discípulos en San Agustín y en la Biblia.» Pocos

escritores piadosos han escrito sobre la caridad cristiana con la elocuencia y con la profundidad de Lutero. «Si crees firmemente, dice á uno de sus amigos, que Cristo es tu justificación, acoge tú mismo á los hermanos que viven sin freno y sin conocimiento de la verdadera salud. De sus pecados haz tus pecados, como si algo bueno tienes, compártelo con ellos. El Apóstol lo dijo: acogeos los unos á los otros como Cristo os acoge á todos en la gloria de Dios. Tened los mismos sentimientos que Jesucristo. De igual suerte tú, hermano mío, si crees ser mejor que los demás, no te glorifiques de tu virtud, como si perteneciese á tí solo; y sal de tí mismo, y olvidado de lo que eres, conviértete en uno de ellos para soportarlo. Si rosa ó lirio de Cristo fueres, sabe que debes vivir en medio de espinas; y procura no convertirte tú mismo en espina también, por impaciencia, por secreto orgullo, por prematuros juicios. Lo que te falte todavía, pídeselo de rodillas á tu Señor Jesucristo; él será tu mejor maestro.»

¡Qué elocuencia tan distinta de la elocuencia sagrada entonces en uso! Lutero, sin la pompa religiosa de un Bossuet, sin el corte ciceroniano de un Granada, sin la gracia tierna de un Massillon, sin la ternura y la poesía de un Fenelon, alcanzaba á veces la sublimidad y tenía siempre la sencillez de la palabra evangélica. La inventiva en él no se agotaba nunca, semejándose á esos manantiales, que tienen el mismo caudal y la misma temperatura en todas las estaciones. La riqueza de su fantasía se encerraba en la variedad infinita de un estilo, tan admirable por sus tonos como por sus matices. Su voz resonaba como un clarín. Comunicábase el fuego de sus ojos al corazón de su auditorio. Su ancho pecho encerraba unos pulmones incansables como los fuelles de las grandes fraguas. Cuando quería expresar la unción, escuchábanse en su voz los melodiosos acordes del órgano; y cuando quería expresar la rabia, escuchábanse los dichos vulgares de la taberna y los gritos discordantes del mercado. Tenía, para expresar las sublimidades de su pensamiento, palabras de Platon; y para expresar las cóleras de su hígado ó las impaciencias de su corazón ó los furores de su rabia, resuellos de titan y dicharachos de tahir. Pocos hombres han representado al pueblo como él; porque pocos hombres han tenido como él, la exaltación, el apasionamiento, el claro-oscuro, el contraste, la antítesis, la sencillez, la grosería y al mismo

tiempo la sublimidad de las muchedumbres. No se cansa uno jamás de estudiarlo como literato. A veces aparece tan cándido cual un campesino burdo, y tan abstruso en seguida cual un doctor angélico. Ya vacila y se tambalea como si estuviera borracho de cerveza alemana; ya vuela y se extasia como si estuviera ebrio de místicos pensamientos. Tras un refran vulgar, tras una logomaquia absurda, tras una carcajada epiléptica, tras un erupto que huele á figon y á bodega, esos místicos arrobamientos, dignos por lo cincelado en las formas, de un escultor italiano, y por la sublimidad en el fondo, de un serafin del Empíreo. Celoso, inspirado, conocedor profundo de la teología, maestro consumadísimo en su lengua que le debe los primeros albores, fácil y abundante, incansable; sus discursos no obedecian á ningun precepto retórico y encantaban por la novedad de las ideas y por la riqueza y por la abundancia del estilo. Nunca se proponia agrandar. Ignoraba él mismo todo su mérito, cuando comenzó á hablar. Dábale horror el púlpito; pero lo admitia y lo ocupaba en cumplimiento de deberes penosos y en holocausto al Salvador de los hombres. Curábase poco de cuanto dijera el público y mucho de cuanto podia agrandar al Eterno. Daba de mano ante los auditorios populares, con deliberado propósito, al estilo magnífico y al pensamiento profundo, temeroso de no ser claramente comprendido. Cuando veia en el público niños, les hablaba como pudieran hablarles sus nodrizas, y les recitaba cuentos de un candor y de una inocencia verdaderamente infantiles. Muchas veces decia que se asemejaba á una madre, la cual acaricia á sus pequeñuelos, balbucea á sus oidos palabras á medias, juega con ellos y les da la leche de sus pechos en vez de darles vino de malvasía. Cuando en estos discursos topaba con la asistencia de algun sabio, prescindia de él, y cerraba los ojos para creer que no estaba presente. Aspiraba en todas sus arengas á la brevedad y temia cansar la paciencia de su auditorio. Proponíase llegar pronto al fin y consideraba la mayor falta que pudiera cometerse el suscitar cansancio y hastío en sus oyentes. Toda la base de sus explicaciones estaba en la palabra divina. Para encontrar el Espíritu Santo, buscábalo en las Santas Escrituras. Un solo versículo del Evangelio, puesto en el platillo de una balanza, pesaba para él mas que todos los reinos de la tierra juntos y puestos en el otro platillo. Las palabras evangélicas, decia, no deben solo escucharse, de-

ben vivirse; no deben solo encerrarse en puras ideas, deben convertirse en grandes y generosas acciones. Inmensa distancia de aquellos sermones al uso, en los cuales tal fraile sonaba un tambor, tal otro aparecia vestido de uniforme militar; este contaba las leyendas mas absurdas, aquel decia las cosas mas extravagantes; para provocar lo que se llamaba la risa pascual, es decir, la retozona alegría y la franca carcajada del auditorio por la resurreccion de Cristo, hacíanse los mas ridículos gestos, tomábanse actitudes de titiritero y de payaso; uno representaba tal farsa inmundada, otro contaba que Cristo en el descenso á los abismos, como llegara á la puerta de la ciudadela del infierno, y viera las narices de dos demonios que salian para husmearle y olerle á la cerradura, los desnarigó de un puñetazo; y casi todos se olvidaban de la doctrina cristiana, calcando su estilo sobre las antiguas arengas latinas hasta el punto de hablar de los dioses en plural siempre que debian referirse al Eterno.

Bien pronto debieron ir á visitarle grandes dignidades en su oscuro y modesto retiro. Staupitz, que velaba sobre Lutero como su Providencia, ofrecióle el grado de doctor. Encontrábase á la sazón el monje muy falto de recursos; y el grado costaba algunas sumas, bien considerables para quien daba lecciones gratuitas y no tenia ni aun traje de profesor que vestirse. Si algunas veces lo llevaba nuevo, debíase á que el elector de Sajonia le enviaba su sastre con una pieza de paño bajo el brazo, para que le cortase una túnica y se la cosiese á su gusto y á su guisa. El elector le procuró tambien su nuevo y pomposo título. A 18 de octubre de 1512, fiesta del evangelista San Lucas, ingresó Lutero en su dignidad, y obtuvo la investidura. El claustro era numerosísimo y el público innumerable; presidia el acto Carlstadt, sabio maestro; sonaban las campanas de todas las iglesias, y Lutero decia una elocuente arenga, en la cual provocaba la risa general, burlándose de Aristóteles y de sus secuaces. Encargado mas tarde de girar una visita á numerosos conventos, que habian caído en grandes desórdenes, Lutero predicó, aconsejó, instó, conminó, y ordenó de tal suerte que pudo volver la paz á aquellos sitios de oracion y de penitencia, devorados y consumidos por la guerra. Miguel Dresset, prior del monasterio, y uno de los principales causantes de aquellas perturbaciones, vióse constreñido por la energía de Lutero á ofrecer la dimision